



## El plasma martiano

Daisy Valls

La primera vez que me encontré con José Martí fue de una manera muy especial. Había terminado el primer grado y estaba de vacaciones en la finca de mi abuelo, en Seboruco, Mayarí. Nos dirigíamos al río y por el camino encontramos un campo de tabaco. Al final estaba la casa de curar tabaco, abandonada, y a allá fuimos. Entramos. Todo estaba muy oscuro, casi no podíamos ver. De pronto los murciélagos echaron a revolotear por sobre nuestras cabezas. Ya me había acostumbrado a la oscuridad y pude recorrer con la vista todo el interior. El suelo de aquella casa estaba cubierto por unos enormes bancos de guano de murciélago. Y sobre uno de esos bancos, hacia la puerta de salida, había un libro. Casi un despojo de libro: arrancadas las primeras páginas, no podía saber cómo se llamaba el autor ni cuál era su título. Era un libro sucio, roto, que tenía en una de sus páginas el dibujo de un hombrecito con un sombrero y sobre el sombrero una pluma. Pude saber que se llamaba Meñique.

Ya yo leía casi "de corrido". Y aunque había hecho una lectura fragmentaria, parcial, desordenada, a veces por pedazos, me pareció que este libro era de magia y de maravilla, pues tenía que completar la acción, inventar comienzos, rehacer finales. Un verdadero ejercicio de *fill the blank* en que mi cerebro empezaba a rellenar los faltantes, entretrejiendo los registros de una "memoria del futuro", para decirlo con la frase historizada por el poeta y amigo Rafael Alcides. Hasta que logré saber lo indispensable: Título: *La Edad de Oro*; autor: José Martí. Publicado en 1953 (edición del Centenario). Así fue como conocí a ese hombre que me ofrecía su amistad.

La próxima cita con el hombre de *La Edad de Oro* ya había sido previamente diseñada para un año después. Entramos del recreo a la clase de lectura y en la pizarra la maestra había copiado dos estrofas: "La rosa blanca", por José Martí; del libro *Versos sencillos*. De la explicación solo recordé que debemos cultivar una rosa blanca para los amigos y también para los enemigos. Cuando crecí y maduré supe que la espiritualidad de Martí nunca lo abandonó, y que esta no provenía de la filosofía alemana en boga en la España de sus años de destierro, los principios del krausismo de tanta aceptación en las universidades donde estudió y que hicieron despertar la conciencia filosófica entre escritores, y modificar ciertos métodos de enseñanza. Tampoco provenía del trascendentalismo del filósofo Emerson o del poeta Whitman, a quienes él admiraba tanto. Este principio del amor a todo trance que aparece en "La rosa blanca" es -creo yo- un principio bíblico, un pensamiento rector de la prédica de Cristo.

No me fue difícil continuar los futuros encuentros con aquel hombre, cada vez más llenos de insinuaciones que provocaban mi curiosidad mientras mi edad me iba permitiendo adentrarme en su poesía. Porque la poesía es para eso: para incitar, para provocar, para seducir. Y yo me sentía seducida. Martí envolvió la cáscara de mi infancia. Por las noche copiaba sus "pensamientos" en un cuaderno. No sabía a qué parte de su obra pertenecían estos, mucho menos cómo quedaban insertados en un contexto. Hasta me parecían estrellas de papel fijadas a un cielo de cartón, pero creía entender la grandeza que contenían, y los memorizaba. También memoricé páginas enteras de *El presidio político en Cuba*. Yo era solo un poquito mayor que Lino Figueredo y que el negrito Tomás, y me dolían aquellos niños de doce y once años que arrastraban unos grilletes sin saber por qué. Martí me envolvía como el tegumento envuelve a un órgano o a la semilla. Rodeaba mi alma con una membrana demandante y al mismo tiempo nutritiva y protectora.

La lectura de "La niña de Guatemala" y "La bailarina española" fueron un acicate para mi imaginación, suponía que eran historias reales que más bien parecían un cuento. Un poema-cuento o un cuento-poema. Las estrofas de algunos de los *Versos sencillos* me llevaron a signarlas como amuletos. Cuando alguna experiencia negativa estrujó mi almita, vinieron a consolarme los versos martianos: "Vierte corazón, tu pena / donde no se llegue a ver, / por soberbia, y por no ser / motivo de pena ajena." ¡Tanta angustia real había en la vida de Martí! Lo mismo puede pensar de su vida cualquier adolescente. Los *Versos sencillos* son sinceros y se expresan libres de artificio. Contienen una gran porción de confesiones íntimas, o al menos su tono predominante es confesional. De ahí que un lector joven pueda quedar "atrapado", pues Martí expone su cuerda medular con la mayor veracidad mientras hurga en su conciencia y rebusca dentro de su propio universo. Pero siempre el verso le brota simple, armonioso, claro, pleno de sonoridades y comparaciones que los teóricos llaman analógicas.

Cuando empecé a leer a Martí de una manera formal me pareció que había dos vertientes en sus temas, la que nos habla de su experiencia personal y la que nos cuenta acerca de sucesos en los que tuvo participación y que forman parte de su interrelación con los otros. Empezaron a aparecer ante mis ojos hechos de la historia de Cuba que ganaban nuevas resonancias en sus versos. Por ejemplo, los sucesos del Teatro Villanueva, que él mismo presenciara siendo muy joven. De esa experiencia nos quedó el poema XXVII, donde con economía de palabras nos cuenta del enfrentamiento entre el cuerpo de voluntarios al lado de España y los patriotas criollos. Y lo que fue un choque político en el poema se resuelve con un abrazo final entre él y su madre: "Y después que nos besamos / como dos locos, me dijo: / 'Vamos pronto, vamos, hijo: / la niña está sola, vamos!'"



Otro ejemplo de unidad entre la historia patria y José Martí se refiere a un hecho que presencié en el Hanábana, cuando a los doce años acompañé a su padre. La esclavitud. Ya es sabido que en el ideario martiano la palabra libertad ocupa un espacio medular. Igual que su opuesto, la palabra esclavitud. Allí en el Hanábana, tuvo quizás el primer contacto directo con la naturaleza y el campo cubanos. Allí palpó la triste y cruda realidad. Allí se horrorizó con la esclavitud. La imagen de lo que vio no se le borró nunca más: un esclavo (presumiblemente cimarrón) pendía, colgado a un seibo: "Un niño lo vio: tembló / de pasión por los que gimen: / y, al pie del muerto juró / lavar con su vida el crimen!" Y a tan temprana edad hizo un juramento que cumpliría fielmente treinta años después en la manigua.

Yo, que por haber nacido en Cueto entre cañas y naranjales era una muchachita amante de la naturaleza, por aquellas lecturas me puse enferma de amor y de belleza, contaminada por los versos que tenían un fondo panorámico, un fondo que no era otro que el de lo natural. En esta colección la naturaleza no es un elemento externo, sino que viene a ser el álgter ego, el otro yo del poeta. La naturaleza rige estos versos. Se puede hacer un largo listado de palabras que así lo denotan: Ahí están la palma, el roble, el abedul, la madre selva, el retoño, etc., también los animalitos (mariposas, abejas, paloma, pájaros azules, etc.) y hasta la fiera (el leopardo), la serpiente y "la víbora del veneno". El monte con sus habitantes y particularidades es el entramado poético; el verso es el "ciervo herido".

Por eso su verso se ha ido al monte en busca de amparo. Y a las montañas de Catskill, cerca de Nueva York, se fue a reposar, quebrada la salud por aquellos días agónicos. Y casi pudiera resultar inexplicable cómo el verso (que trasluce muchas de sus querencias y hasta de malquerencias) le brota espontáneo, natural, sencillo, siguiendo una medida perfecta, con acentos y ritmos que sostienen su musicalidad, con una plasticidad y fuerza expresiva que nos hacen no solo entrar, sino también gozarnos en el paisaje. ¿Acaso todo esto no lo acerca a los poetas clásicos de nuestro idioma?

Entonces "pasó el tiempo y pasó / un águila por el mar".

Universidad de La Habana; clase de la Dra. Mirta Aguirre. Hablaba de la lírica castellana de los Siglos de Oro (tema que años más tarde convertiría en dos tomos de un libro fundamental) cuando empezó a decir de *Versos sencillos*. Esa tarde descubrió ante sus alumnos algunas convergencias entre la poesía de Cervantes, Góngora, Lope de Vega, y aquella de Martí. Cito del mencionado libro: "Martí suena como un clásico de los siglos XVI y XVII, apegado a la más profunda austeridad del verso castellano; Cervantes logra estrofas tan limpias de afeites, tan modernas de construcción, que manan con tal naturalidad, que parecen cientos de años más jóvenes. Y eso permite la confluencia entre el complutense y el cubano por encima del tiempo."

Así las cosas, convendría estudiar exhaustivamente cuánto hay de Martí en la poesía de algunos poetas modernistas y postmodernistas hispanoamericanos. Y puesto que ya tiene su lugar como precursor del Modernismo, ¿qué se puede decir de él y la poesía conversacional de pleno siglo XX? A la poeta y ensayista Fina García-Marruz le corresponde el que haya destacado algunas concurrencias entre la poesía conversacional y el poema martiano "Al buen Pedro", cuyo tono y cadencia no son sino los de una conversación con quien le critica su cabello falto de barbero. ¿Acaso los tormentos de Vallejo tienen algo que ver con la angustia y ese "modo brutal" de que él habla en "Bien, yo respeto"?

Sin lugar a dudas, Martí se ha crecido y desborda sus propias lindes. Y al igual que dijo "por la puerta natural (...) / moriré de cara al sol" y se cumplió, en uno de los *Versos libres* reveló lo que sería su destino final: "Mi verso crecerá: bajo la yerba / yo también creceré." Y porque le dijo al verso "o nos condenan juntos / o nos salvamos los dos", juntos se instalaron en los espacios de la posteridad.

Porque el plasma, la sustancia con que están hechos su ser y su obra, son imperecederos.

En Miami, el 28 de enero de 2013.